

Sinopsis de la novela “Las primeras palabras de Dios”.

Rafa Elías es un famoso psiquiatra, un triunfador, un ganador. Ha tenido un accidente automovilístico y está en coma. Rafael nos habla desde su propio delirio mientras ¿Dios? crea el mundo, los pensamientos de Rafa nos conducen a episodios y recuerdos de momentos vividos con algunos de sus seres queridos.

Rafa es el hermano mayor, su padre les abandonó siendo él muy niño y la madre apenas se hacía cargo de él debido a una enfermedad mental. Tuvo que asumir el rol de hombre de la casa. Fue su tía Julia la que se ocupó de su educación.

Su hermana, Clara le admira desde pequeña y aunque la complicidad entre ellos continúa, las discusiones han aumentado con los años. Ella es la única que se atreve a decirle lo que piensa de él.

Lucía, su mujer, trata de entenderle pero le resulta difícil. Rafa, está demasiado absorbido por su trabajo y resulta un marido ausente y muy duro con ella. Cuando los hijos eran pequeños, no supo comunicarse con ellos, tampoco lo intentó demasiado. El pequeño, Sergio le parece indefenso y débil, mientras que Clara es su niña.

Alicia, su querida, lo ama desesperadamente. Ha dejado todo por él, su carrera profesional, su maternidad y su independencia. Y aunque él no tiene intención de comprometerse con ella, le basta oír una palabra amable suya para seguir esperando.

Aguirre, su agente le apoya en su carrera, pero Rafa le menosprecia.

Ambicioso y narcisista Rafa siempre ha establecido una relación de cierto maltrato psicológico con sus seres queridos. Ellos lo han permitido.

Las primeras palabras de Dios es una epopeya de sensaciones que nos introduce en el universo emotivo de esta familia, donde Rafael es el centro de todas las historias. Los personajes giran a su alrededor y cobran forma en su relación con él. La creación de este microcosmos familiar se mezcla con la creación del mundo, macrocosmos, dando forma al relato. Un relato difícil que juega al despiste con la inteligencia del lector, pues es este en el que tiene que unir los retazos de los recuerdos de los personajes para crear la historia.

No sé muy bien por qué pero cuando llegué a casa me puse a ordenar esas cajas llenas de recuerdos, son de esas cosas para las que nunca encuentras tiempo, tal vez porque no sabes lo que vas a encontrar o porque te da miedo lo que pueda haber ahí. En una de ellas había un montón de dibujos de cuando era pequeño, garabatos que guardan los padres orgullosos de sus hijos, monigotes y casas con rallajos, en algunos estaba puesto mi nombre, no recordaba haber hecho ninguno, ¿qué hacer con ellos?, iba pasando uno a uno imaginándome pintándolos, lo que me permitía correr el tiempo sin pensar, hasta que llegué a uno, en él había, como en todos los dibujos de los niños una casa con chimenea de la que salía humo, un árbol, una flor, un sol y el cielo, el cielo. Pero el cielo no era azul, estaba pintado de verde, no un verde azulado, un verde verde. Ese dibujo lo recordaba, no era como los otros, había algo en él que hizo que me quedara mirando, el cielo verde. ¿Por qué pintaría el cielo de verde? Se podía ver la rabia del que tacha con unas rayas llenas de ira, del niño que ha enseñado su dibujo y ha sido rechazado, del que intenta hacer algo y se encuentra con el rechazo. Es tan difícil aceptar lo que no nos gusta. Se podía ver el trabajo de un niño que pinta un gran, gran cielo verde, con paciencia, repasando todos los rincones, queriendo perfeccionar todo lo que puede. ¿A quien se lo enseñé?, ¿qué me dijo para que quisiera destruirlo? No puedo hacer memoria, hace tanto tiempo. Me imagino enseñándoselo a mamá y ella me halaga y sigue con sus tareas, me imagino yendo a enseñárselo a papá y él me dice que no le moleste, que está trabajando, que así no va a poder terminar nunca, yo insisto, “mira el dibujo que he hecho”, “¿por qué está el cielo verde?, el cielo es azul”. Que puedo decir, soy un niño, que más da el color del cielo, sólo quiero pintar, ¿sería capaz de decir algo?, todo el tiempo dedicado a rellenar el folio de verde, todo el cariño puesto en hacer algo de lo que estén orgullosos, todo se pierde, siento mis ojos de niño cómo se llenan de lágrimas. “Ya me lo has enseñado, vete”. No lloro de pura rabia, me voy, cierro la puerta, me voy a mi habitación, y con una pintura azul rayo todo el dibujo, con rabia, con impotencia, el cariño que había puesto se transforma en odio, lo arrugo, lo tiro, y por fin lloro, lloro a solas, en mi cuarto, mamá plancha o hace la comida, papá trabaja, yo lloro. Al cabo de un tiempo vuelvo a jugar, soy un niño, se me olvida todo ¿se me olvida?, ¿qué se me habrá quedado en la mente?, intentaba demostrar lo que podía hacer, ahora ya no puedo hacer nada, una semilla de odio está en mi corazón. Miro el cielo: verde. “No me molestes, estoy trabajando”. “Sólo quiero enseñarte el dibujo”. “No ves que estoy trabajando.... el cielo no es verde, es azul”. ¿Qué mas da el color del cielo si tú no lo miras? ¿Y si el azul es para mi verde?. “Muy bonito, anda

déjame trabajar”. Reproches, soy una molestia, “déjame trabajar”, ¿hay alguien que pueda hacerme caso? El llanto de un niño en soledad, el llanto silencioso de un niño, las lágrimas corriendo por mis mejillas: “déjame trabajar”. De nada sirve llorar, cualquier cosa le distrae, me limpio las lágrimas con la manga y me pongo a jugar. Es sin querer, nos hacemos daño sin querer, sólo pensamos en nosotros, sólo pedía un segundo. “Qué bonito, ¿lo has hecho tú solo?”. Sólo eso. “¿Qué quieres?, no ves que estoy trabajando”. El mismo número de palabras, en una: me importas; en la otra: sólo yo me importo. Ahora ya no soy un niño y cometo yo esos errores, ahora comprendo que no es tan fácil ser mayor, pero eso no debería ser una excusa.

Pasó mucho tiempo desde que se fue tu padre hasta que pude bajar a la calle, siempre miraba por la ventana, veía el cielo, las nubes, los geranios y os veía crecer. Menos mal que teníamos a la tía Juli, sin ella no sé que hubiera sido de vosotros, nunca perdoné a tu padre, ni muerto lo he perdonado. Esos años encerrada en casa, mirando por la ventana, ¿qué pensarán los vecinos? ¿qué dirán?, al principio: “mira a esa la ha dejado el marido”, y después: “esa es la loca que lleva encerrada en su casa más de cuatro años desde que la dejó el marido”. Y que más da lo que digan los demás, pero era una excusa, ¿de qué me servía a mí el mundo?, me habían abandonado, me dijo que me quería, se casó conmigo, teníamos hijos, os tenía a vosotros; una familia y me dejó. Se fue, y yo me quedé mirando por la ventana, como una inválida, Y es que eso era yo: una inválida, no tenía fuerzas para levantarme de la cama. Si no hubiera sido por Juli... Veía el cielo desde la cama, veía las nubes pasar y no podía ni hablar, lloraba, lloraba por dentro, no tenía fuerzas ni para llorar. “Venga levántate, hazlo por tus hijos”, “no puedo Juli, no puedo”, pobre Juli, ahora ya ni sabe quien soy. Ella que tanto nos ayudó y ni siquiera vamos a verla, estamos tan ocupados. “está muy bien en la residencia”. “Ya ni nos conoce, para qué vamos a ir”. Excusas, excusas. Nos da miedo ver a Juli. Ay Juli qué poquito vamos a verte: “prefiero recordarla como era antes”, “tengo un viaje”. Excusas, excusas. “Mira que cielo tan azul, vamos levántate”, poco a poco me fue sacando de la cama, cuando veníais del cole me dabais un abrazo, yo sonreía sin fuerza. Otro día: “venga, vamos a misa”, poco a poco, un pequeño paseo un día, otro día sin poder levantarme, y al final lo consiguió, no he podido olvidarle, nunca olvidaré lo que me hizo, sé que ha hablado con vosotros, no quiero saber nada de él, que se pudra, he perdido mi vida por él, haced lo que queráis, ya sois mayorcitos, pero no quiero saber

nada de él. Era un día frío de febrero cuando bajé por fin sola, el calor del sol, el cielo azul, sin nubes. “Hola Tomás, dame dos kilos de patatas”. Una sonrisa en la cara, complicidad. ¿Qué habrá sido de Tomás? Todos andando de un lado para otro y yo mirando al cielo azul. “Mírala es a la que la dejó el marido”. No importa, ya estoy en la calle, voy a recoger a mis niños al cole. “Mamá, mamá, has venido, ¿y la tía Juli?”, “en casa”. Mis niños, mis alegrías, sin vosotros no hubiera podido seguir viva. Veros hacer los deberes, veros jugar. Y ahora ya tan grandes, casados, tu Clara ya con hijos, cuanto me hubiera gustado no perder esos años, cuanto lo siento, cuanto lo siento

9 Dijo luego Dios: “Júntense en un lugar las aguas de debajo del cielo, y aparezca lo seco”. Así se hizo; 10 y a lo seco llamó Dios tierra, y a la reunión de las aguas mares. Y vio Dios como era bueno. 11 Dijo luego Dios: “Produzca la tierra brotes de hierba verde con semilla y árboles frutales cada uno con su fruto, según su especie y con su simiente, sobre la tierra”. Y así se hizo. 12 Y produjo la tierra brotes de hierba verde, cada uno con su semilla, y árboles de fruto con su semilla cada uno. Vio Dios que estaba bien. 13 Y atardeció y luego amaneció: día tercero.

Siento cada una de las uniones, lo que antes era luz ahora es materia, gases uniéndose y deshaciéndose, materia... Uno esas partículas, las junto, se juntan en mí, se atraen entre sí, se unen solas, están vivas, ... ¿están vivas?, cada una tiene una voluntad propia, mi voluntad, sólo yo puedo hacer que se muevan, y sin embargo ellas se mueven solas, me fijo en una, hace lo que yo quiero, ella soy yo. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que la nada era todo? ¿acaso hay algo? Aquellas que empecé a unir han ido llamando a otras, cuantas más se juntan más atraen. Pasa en todos los sitios, dos se unen, y son más fuertes para que se una la tercera, es simple, todo se crea en la simplicidad. Allí veo muchas juntas, se aprisionan entre ellas, producen luz, la luz hizo la materia, y ahora la materia hace la luz, no hay principio, yo soy el principio. Un mar de partículas, olas de luz, ya no es gas, no se pueden separar tan fácil como antes, es un líquido, partículas que se unen y no pueden separarse fácilmente. Mares de luz, mares de mares, toda sustancia podrá ser un mar, toda sustancia podrá ser un líquido, ¿y que más?, unión y separación, gas; unión y no separación, líquido; sólo unión,... sólido. Que sean los tres estados de la materia, ¿qué es el sólido?, la falta de movimiento, que aquellas que lo formen sean fuertes, sean una sola, que no haya movimiento entre ellas. En todo yo se crea el gas, este vino de la luz, después el líquido y después lo sólido. Lo sólido sujeta todo. En todo estoy yo, en todo esas partículas diminutas, todo salió de la luz, dentro de lo sólido hay oscuridad, oscuridad hecha de luz, ¿que contradicción?, justo lo que quería, la unión hecha de la separación, los opuestos se unen, Y ahora ¿qué? De mis partículas sólo se pueden esperar voluptuosidades, colores, formas, todo está en ellas, el azar las mueve, el azar soy yo, yo puedo hacer que sea todo, hago todo lo que es posible. He de crear más complejidad, pero siempre desde lo creado, la luz, la materia. Agarraré a la complejidad en lo sólido crecerá en ello, se acercará a la luz y se acercará

a la oscuridad, sólo podrá vivir si busca la luz y encuentra la oscuridad, así sea. Ya lo veo, dos partes: una que sube a la luz y otra que desciende abriéndose paso en lo más oscuro de lo sólido, ha surgido de la unión de lo que había, no ha sido creado de nuevo, mi plan sin rumbo crea vida como vivo estoy yo. Si yo soy todo, esa vida soy yo, creada de mí mismo, de la luz, de lo que crea la luz, pero uno sólo ¿solo? no es nada, que todo sea para crear nueva vida, yo soy la vida, yo creo la vida y la vida se crea a sí misma, esa es mi obra, que haya múltiples formas de vida, que las cree el azar, que las cree yo. Unas grandes y otras pequeñas, múltiples colores, múltiples formas, todas soy yo, las veo crecer, unas al lado de otras, el viento las mece, el líquido agua ablanda el sólido suelo para que puedan coger lo que necesitan, todo estaba ya hecho antes de que se empezara a crear, todo lo hago yo, porque todo soy yo.

A papá le gustaba ir a pasear solo por la playa, iba hasta el final, trepaba a las rocas y se quedaba allí mirando como las olas rompían y formaban espuma, cuando le veía allí sentado y en calma me acercaba a él; no lo hacía antes, porque sabía que si intentaba acercarme sin que estuviera sentado ni siquiera lo intentaría, pero una vez tranquilo le costaría mucho más trabajo levantarse, al sentir que me acercaba me decía: “ten cuidado Sergio”. Yo no hablaba, me sentaba a su lado y veía las olas romper en silencio. Al cabo de un rato, decía, “vamos a ver que hacen tu madre y tu hermana”, siempre lo mismo. Nos levantábamos y con cuidado bajábamos de las rocas. Me gustaría saber qué pensaba cuando estaba allí, tal vez no pensara nada, simplemente se dejaba llevar por el ruido periódico del estallar de las olas en las rocas. A mí también me gusta sentarme a solas a contemplar el callado rugir del mar, tal vez cuando tenga hijos estos también se pregunten qué es lo que estoy pensando, seguro que lo que pienso es en cómo mi padre hacía lo mismo que estaré haciendo yo.

Al llegar de vuelta a la sombrilla, papá se ponía a jugar con nosotros. “Venga vamos a hacer un castillo”, nos decía. Y cogíamos los cubos y las palas de plástico, y nos íbamos a la orilla del mar para construir castillos que derribara la marea. Así nos pasábamos un rato largo hasta que con las piernas doloridas de estar en cuclillas nos metíamos en el mar y empezábamos a echarnos agua unos a otros, al final siempre acabábamos tú y yo atacándole a él, y él se protegía metiéndose en el mar, ¿te acuerdas Silvia?

A la hierba le gusta que la pisen. Siempre me lo decía tu padre cuando paseábamos por el parque, le encantaba andar por la hierba, no la mires, písala me decía. Luego se tumbaba en ella y miraba pasar las nubes, le encantaba. Siempre ocupado, siempre ocupado, si iba a pasear era a regañadientes aunque le encantara. Conseguía desconectar y olvidarse de todo, aunque siempre estaba alerta, con su libreta y el lápiz cogiendo notas, pero eran instantes rápidos, después volvía con nosotros; veía a un niño jugar y tomaba un apunte, yo miraba a ver qué es lo que escribía, pero él no me dejaba. Esos días de primavera, en los que paseaba con nosotros, con los abrigos en el brazo, esos días, esos días me encantaban. Después volvíamos a casa y él se ponía a escribir, se metía en el despacho y ya no salía, yo hacía la cena y se la dejaba en el microondas, y después, a la mañana siguiente el plato estaba en el fregadero. Ya sabes que cuando tu padre se mete a trabajar no se le puede molestar, al principio lo llevaba mal, pero poco a poco me fui acostumbrando, no es que me guste, pero al final te acostumbras, qué le vas a hacer. Después, al volver de llevaros al colegio él se había acostado y se pasaba todo el día durmiendo, cuando se levantaba se iba a la consulta y así un día y otro, a veces me sentía como una viuda que tiene el marido en casa. Algunas veces hablábamos algo, yo sé que no le gusta que le molesten cuando está trabajando, pero si estaba de buen humor porque pensaba que le había salido algo bien estaba contento e íbamos a buscaros al cole y salíamos a pasear, a pisar la hierba, una y otra vez, la hierba y la cueva, siempre así.

Recuerdo que fue en un mes de agosto, todavía no te tenía Cucho, él se había ido con su familia de veraneo y yo estaba sola, me había dicho que me daría una sorpresa, yo le esperaba todos los días, a todas horas, en todo momento le esperaba, cualquier ruido me parecía sus pasos, el ascensor no dejaba de recordármelo, mi respiración se paraba esperando que se detuviera en el tercero,...pero..., nunca lo hacía. Será una sorpresa me dijo, al volver un día de comprar el pan, allí estaba, sentado en la cocina tomando café. Grité, lloré, me abracé a él. No podía haber mayor sorpresa. Estaría dos días, dos días sólo para mí, libertad completa, podíamos hacer lo que quisiéramos, a mí me daba igual, sólo quería estar con él. Le dije, venga vámonos al zoo, me miró y dijo: “vale”. Nos

fuimos al zoo, iba de su brazo, a la entrada nos hicieron una foto que nunca recogimos, paseábamos, recuerdo que iba agarrada a su brazo, hacía calor, los niños miraban los animales, nosotros no. Llegamos a las jaulas de los monos, tenían el rabo muy largo y se agarraban con él a las ramas, eran muy pequeños, parecían personitas, sus manitas cogían los cacahuets que les daba la gente por las rejas, los pelaban y se los comían, nos sorprendimos de sus manitas, tan hábiles, tan rápidas, Rafa se quedó mirando muy fijamente a uno de ellos, comía indiferente a todo lo que pasaba a su alrededor, iba a la reja cogía un cacahuete y se lo llevaba a su rama, y allí se lo comía. Rafa tocó con miedo la reja, y después la agarró fuerte como si quisiera romperla. Yo le dije que la soltara no fuera a ser que le mordiera algún mono. Así lo hizo. Después de eso le vi raro. “¿Qué te pasa Rafa?” “Nada”. Le veía inquieto. Al poco me dijo: “vámonos”. A mí no me apetecía, pero sabía que era lo mejor, cuando llegamos a casa no dijo nada, cogió unos papeles y se puso a escribir, yo sabía que lo mejor era no molestarle, me senté en el sillón y le miraba. Esa noche no durmió, yo me quedé con él en el salón, por la mañana se acostó y cuando por la tarde se despertó me dijo, me tengo que volver. Nos besamos, cogió lo que había escrito y se fue. Quedaron en el suelo unos pocos papeles arrugados, unos primeros intentos frustrados de lo que sería su mayor éxito, el origen de nuestra ruptura, un escritor importante no podía tener una sola amante. Aún guardo esos papeles, mira Cucho todavía se notan las arrugas, no maldigo esa visita al zoo, pero me hubiera gustado que me dedicara el libro en vez a quien lo hizo.

En el patio del pueblo, cuando estábamos de vacaciones, por la noche nos tumbábamos en una manta en el suelo y apagábamos las luces, mirábamos el cielo y hablábamos de cosas, cosas de chicos supongo, lo que nos gustaba era la sensación de poder hacer lo que quisiéramos, de no tener que dar cuenta a nadie, mientras los mayores tomabais café en la casa y charlabais, a los niños nos dejaban ir a ver las estrellas. No sabíamos cuanto tiempo podríamos quedarnos, pero eso lo hacía mas divertido, de vez en cuando alguno se levantaba y miraba por la ventana para ver lo que hacíais los mayores y daba una previsión del tiempo que nos quedaba, si seguíais tomando café, faltaba mucho para que nos mandarais a la cama, si estaban los hombres con las copas, o estabais discutiendo mucho, entonces la hora de dormir se acercaba. Mientras tanto mirábamos al cielo y hablábamos. Alguna vez alguno veía una estrella fugaz y se ponía como un loco. “Una estrella fugaz, una estrella fugaz”, “¿dónde?, ¿dónde?”, “sí..., la he visto, que bonita”. Y

callábamos pidiendo un deseo que olvidábamos al minuto. Una noche que estábamos poco charlatanes Rafa nos preguntó: “¿si vierais una estrella fugaz que deseo pediríais?”, “no podemos decirlo, no se cumpliría”, “pero no habéis visto ninguna ahora, podéis decirlo”. Nos pareció lógico su argumento así que cada uno fue diciendo el suyo. Uno era tener un juguete, otro besar a una chica, con las risas que nos dio a todos, otro que su mamá se pusiera buena. Cuando todos terminamos, le pregunté: “¿y tú Rafa?, ¿qué deseo pedirías?”, “que se cumplan todos mis deseos”, “eh, eso no vale, eso no es un deseo”, “sí que lo es”, “no, no vale pedir todo ni cosas así”, “yo puedo pedir lo que me dé la gana”. Y empezamos todos a discutir, dejamos de mirar al cielo y chillamos tanto que llamamos la atención de los mayores y nos mandasteis a dormir. Nunca supe si Rafa vio alguna estrella fugaz, pero creo que sí.

- Y tú, ¿qué pediste Clara?

- Una bicicleta nueva, la que tenía era heredada de Rafa, que para eso era mi hermano mayor

- ¿Y viste una estrella fugaz?

- No me acuerdo, pero los reyes me trajisteis una bici rosa preciosa, ¿te acuerdas mamá?
